



"La última cena", de Tomás Gutiérrez Alea.

na, la secuencia más larga y complicada de todo el rodaje—sea auténticamente apasionante seguir la situación de cada personaje, comprobar cómo Gutiérrez Alea va desarrollando la situación —al principio, tensa, dura; al final, relajada, y abierta—que sintetiza toda su capacidad crítica y al tiempo orienta la película hacia el trágico desenlace final.

En un ingenio de azúcar, en plena Semana Santa, el conde (español) propietario, decide redimir sus culpas e invita a doce negros a compartir su mesa, una vez que ha lavado personalmente los pies de todos ellos. Ese acto de humildad es recibido con estupor por los esclavos, que, sin embargo, acaban creyendo en la sinceridad de su amo. Sinceridad que les lleva a decidir no trabajar el Viernes Santo, dado que, como el cura y el conde han dicho, es día festivo. No obstante, nada de lo que en la borrachera del Jueves Santo ha prometido el conde tiene efectividad al día siguiente. Y los doce negros son perseguidos y asesinados como autores de un delito de sedición...

Este esquema, que, como se ha dicho más arriba, es de una simplicidad total, permitiendo claramente imaginar la continuación dramática, no implica, sin embargo, apasionarse. Los espléndidos actores que componen el reparto de la película y el desarrollo dramático de sus se-

cuencias permite que "La última cena" sea finalmente una película que sorprende a cada momento. Sorpresa, naturalmente, limitada a los propios confines de la película; no va "La última cena" más allá de lo que autoriza esa trama popular, esa elección de narrativa elemental o el fin didáctico y primitivo que persigue. ■ DIEGO GALAN.

"Iré como un caballo loco"

Dicen los exégetas de Arrabal (1) que esta película, segunda de su autor, es una obra de extraordinaria riqueza temática, que es capaz de turbar profundamente al espectador, que es capaz de sugerir novedades insólitas y que, finalmente, contiene suficientes elementos para conducir al entusiasmo más desenfrenado. En el momento de su estreno (1973), los críticos franceses celebraron la aparición de esta película como anteriormente habían hecho con "¡Viva la muerte!", película que también consideraban como un espléndido análisis de la España franquista, como una síntesis

(1) En TRIUNFO, por ejemplo, se publicó un artículo apasionado de Angel Berenguer con motivo del estreno de la película en París. Número 585, 15 de diciembre de 1973.

perfecta de los traumas y perversiones ancestrales de la España tradicional. Todo esto lo decían los críticos franceses, mientras los espectadores españoles nos quedábamos atónitos ante aquella montaña de imágenes tópicas y elementales que poco tenían que ver con la realidad diaria (y angustiosa) de aquella España. Sin embargo, no estar de acuerdo con "¡Viva la muerte!" (o no gustar de ella) era poco más o menos colocarse como defensor de esa España tenebrosa que Arrabal decía que retrataba y atacaba.

Leyendo los comentarios de "Iré como un caballo loco", se repite la misma situación. Si uno ve en esta película una explosión ingenua de adolescente poco preparado, si considera que los excesivos símbolos que pueblan toda la película son de una corteza capaz de aburrir hasta el bostezo, si uno, en lugar de estremecerse, ríe con sus "números fuertes", es probable que sea calificado por esos exégetas como fascista empedernido, irremediable. Fascista "malgré lui".

Pero da igual. No sé qué podría pensarse en 1973 de "Iré como un caballo loco". Sí sé, en cambio, que en 1978 resulta bastante penoso seguir la historia de un hombre —Aden-Adan— que huye al desierto, donde encuentra a un enano puro —Marvel—, al que lleva a la civilización de la gran ciudad en prueba de amor. Aden-Adan es un hom-

bre atormentado por su infancia, es decir, que, como suele ocurrir en los esquemas simplones, fue un niño que vio fornicar a su madre y, por tanto, epiléptico y culpabilizado. (La madre, naturalmente, es el elemento castrador como repetidas veces cuenta Arrabal en la película.) Esa culpabilidad le hará huir de la Policía —que a su vez le considera culpable de su delito—, encontrando la muerte. Otra vez en el desierto, Marvel se come el cadáver de su amigo Aden-Adan y surge un nuevo hombre que baila frente al sol, contento y libre...

Bueno, pues esto o poco más es lo que Arrabal cuenta apasionadamente, aunque su pasión no impida la torpeza. Su afán de provocación con imágenes muchas veces incoherentes, resulta infantil. No sólo no se estremecía nadie en la sala durante la proyección, sino que algunas risas abiertas que no hubiesen gustado al autor coronaban cada una de esas secuencias.

Lo que no sé es si "Iré como un caballo loco" pretende ser un retrato de esa España comentada antes, como dicen los críticos franceses. En la película, tal intención no se nota. Pero en el caso de que ello fuera cierto, sé ha retratado mucho mejor esa España desde dentro que con la perspectiva lejana del exilio, plagada de tópicos que poco pueden ayudarnos a la mejor comprensión de lo que nos pasa (o nos pasaba). ■ DIEGO GALAN.

"Iré como un caballo loco", de Fernando Arrabal.

